

I CERTAMEN "PREMIOS INVESTIGACIÓN EN ENFERMERÍA"

El mundo que nos rodea y del cual formamos parte es muy complicado y misterioso. Pensadores de todos los tiempos han pretendido conseguir una imagen cabal de la realidad. Normalmente los filósofos han procedido por la vía especulativa partiendo de los datos empíricos disponibles en su tiempo. Con el advenimiento de la ciencia moderna, allá por el siglo XVI, los datos empíricos más relevantes proceden de ella y por eso la filosofía ha quedado influida por la ciencia.

Pués bien, a pesar de la eclosión científica en curso, la ciencia sigue siendo la gran ignorada de la cultura. Es sorprendente el desconocimiento que tienen de la ciencia tanto las personas cultas normales como los intelectuales o pensadores de oficio. Hay, sin embargo, poderosas razones que justifican dicho desconocimiento.

El conocimiento científico es un cuerpo de enunciados que tiene diversos grados de certidumbre. Algunos son sumamente inseguros, algunos casi seguros, pero ninguno es absolutamente cierto. La libertad de dudar nació de la lucha contra la autoridad en los primeros tiempos de la ciencia. Fue una lucha vigorosa que nos permite cuestionar, dudar, no estar seguros. Nos entristecemos cuando pensamos en las maravillosas potencialidades que los seres humanos parecen tener, y las contrastamos con lo diminuto de sus logros. Una y otra vez, pensamos que podríamos hacerlo mucho mejor. Quienes vivieron tiempos pasados, vieron en la pesadilla de sus tiempos un sueño para el futuro. Nosotros, que estamos en su futuro, vemos que sus sueños siguen siendo sueños en muchísimos otros. Las esperanzas para el futuro siguen siendo hoy, en buena parte, las mismas de ayer.

Es responsabilidad nuestra hacer lo que podamos, aprender lo que podamos, mejorar las soluciones y transmitir las. Es responsabilidad nuestra, sabedores del gran progreso, que emana de una satisfactoria filosofía de la ignorancia; del gran progreso, que es fruto de la libertad de pensamiento; proclamar el valor de esta libertad. Enseñar que la duda no ha de ser temida, sino bienvenida, discutida, investigada. Por ello, resulta desconcertante, que estando tan ocupados como estamos, resultemos tan aburridos. Lo que nos ocupa nos preocupa, y sin embargo, no nos entretiene. Da la impresión, de lo que pasa no nos pasa. Pensar, se reduce a contar lo que ocurre. Quizás no pensamos ya; o tal vez no pensamos todavía; o peor, nada queda por decir. Pensar se reduce a la enumeración de lo que está ahí puesto delante, a merced de nuestro uso. No nos arriesgamos.

En este panorama, la convocatoria del I Certamen de Investigación en Enfermería, supone un hito; un revulsivo; una llamada a lo posible. Representa un propósito activo; la voluntad de valor; la excelencia frente a lo genérico cosificador. Gracias.

Hablo del propósito activo de excelencia. La voluntad de valor consiste, precisamente, en rechazar la imagen de un mundo, que es, irremediablemente, lo que es. Pero el mundo no solo es lo que es; también, lo que puede ser, lo que se quiere que sea. El riesgo busca la diferencia, la distinción. El indiferente, el que no arriesga, es cosa entre las cosas; sabe que de ellas no puede esperarse nada, porque todas dan lo mismo. Es la inmortalidad.

Que yo recuerde, mi aventura empezó, con Borges, en un jardín de Tebas Hekatómpylos, cuando Diocleciano era emperador. Aquella noche no dormí, algo presumía mi corazón. Me levanté poco antes del alba. Un jinete rendido y ensangrentado venía del oriente; a unos pasos rodó del caballo. Balbució, que su patria estaba en una montaña más allá del Ganges, y que en esa montaña, era fama, que si alguien caminara hacia Occidente, donde se acaba el mundo, llegaría al río cuyas aguas dan la inmortalidad. Agregó, que en la margen ulterior se eleva la Ciudad de los Inmortales.

Antes de la aurora murió. Ignoro si creí alguna vez en la Ciudad de los Inmortales; pienso que me bastó la tarea de buscarla.

Atravesé el país de los trogloditas -recordarlos-, trogloditas, que carecen del comercio de la palabra; atravesé el país de los garmantes, que se nutren de leones, y el de los augilas, que veneran al Tártaro. De lejos, divisé la montaña que da nombre al Océano; en sus laderas crece el euforbio, que anula todos los venenos, y del que, por supuesto, gran dosis ingerí, y en su cumbre, habitan los sátiros, individuos ferales y rudos. Que esas regiones bárbaras, donde la tierra es madre de monstruos, pudiera albergar en su seno una ciudad famosa, parecía inconcebible. Interminables jornadas escalonan mi aventura. Por fin, extenuado, llegué a un monumento increíble; su arquitectura carecía de fin. Tan horrible, que su mera existencia y perduración contaminan el pasado y el porvenir. No se cuantos días y noches rodaron sobre mí. Los trogloditas, que estaban allí, infantiles en la barbarie, no me ayudaron a sobrevivir o a morir. La codicia de tocar a los Inmortales, de tocar la sobrehumana Ciudad, me vedaba dormir.

No quiero cansaros. Al fin, todo me fue dilucidado; los trogloditas, ¿recordáis?, los que carecen del comercio de la palabra, los trogloditas son los inmortales. Más, ser inmortal es baladí. Entre los mortales, en cambio, todo tiene el valor de lo azoroso. Lo elegiaco, lo grave, lo ceremonial, no rige para los inmortales. Los dioses, nos cuenta Horacio, son los únicos seres que conducen, seguros, sus vidas; están libres de ansiedad y de cambios. Inmortales por esencia cruzan por el mundo con mínimos riesgos; pagan, en cambio, el terrible sufrimiento de la envidia. Los héroes, en cambio, empeñan toda su vida en la contienda; no pueden escapar a su sino mortal. A diferencia de los dioses, los hombres no tienen conocimiento del futuro, sino que, seres de un día, vivimos como el ganado, del todo ignorantes de cómo terminará la divinidad de cada cosa. Esto dice uno de los fragmentos más famosos que nos ha legado Simónides, el poeta de Ceos.

Cervantes remachó, en el *Coloquio de los perros*, que Dios no le espulga el linaje a nadie; cada uno es hijo de sus obras. "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura -dice D. Quijote- pero el esfuerzo y el ánimo es imposible". Esfuerzo y ánimo llevan definiendo la enfermería del Hospital General, explícitamente, desde 1589. En el primer Reglamento del Hospital leemos: ... para las mujeres enfermas y para las demás que en la casa se han de recoger, habrá una enfermera mayor de buena edad; la cual será honesta, virtuosa, diligente y suficiente para este ministerio. Pero no mudas, añadido yo.

Por su parte, el Hospital General también fue precoz en la instauración de Premios. La Junta hospitalaria celebrada el día 26 de octubre de 1806, se refería a los por ella instaurados, como "el único medio de estimular a los jóvenes al logro de sus mayores adelantamientos, y de acreditar el celo con que la Junta los promueve y fomenta en beneficio de la pública salud".

Son las raíces, el recuerdo, la memoria. Mis manos están llenas de memoria -dice Alberti. Más, a mi entender, cuando se acerca el fin -escribió Cartaphilus- ya no quedan imágenes del recuerdo; solo quedan palabras. En nuestro caso, las escritas en los 30 trabajos que, con ilusión, han sido presentados, asumiendo el riesgo de ser mortales, al Certamen que hoy nos congrega. En 1794 Jovellanos escribía: "... Así surcareis los anchos mares, y así, conducireis a las regiones más remotas en busca de la recompensa de vuestro sudor. Y así, tal vez, el deseo de la fama y nombradía inchará vuestros corazones, y así también, subireis a la gloria que hoy ilustra los nombres célebres".

En actos como el de hoy, a puerta abierta, busca el Hospital el asentamiento público a las galardonadas y a los premios que otorga; e indefectiblemente, los ve aplaudidos, procediendo, como procede, con justicia y con acierto. Ello, con el empeño de la indispensable continuidad futura; continuidad que aleje todo atisbo de esterilidad en el esfuerzo presente. Y ello también, con la necesidad de una opinión generalizada, suficientemente comprensiva, para los temas científicos y

técnicos; opinión, capaz de prestarles calor moral y apoyo efectivo. No es un lujo, no es una aspiración utópica; es, sencillamente, avanzar o pararse.

La ciencia es, en esencia, una actividad de resolución de problemas. Sus resultados lo son de una empresa excepcional; aquella que Giordano Bruno, en su *Expulsión de la bestia triunfante*, agrupaba en la defensa de la dignidad del hombre. Dignidad, que exige esforzarnos por aliviar los sufrimientos humanos. Aunque no sea por otra causa -comentaba Ricardo Hooker, allá por el siglo XVI-, aunque no sea por otra causa, por esta: que se sepa que no hemos permitido, por silencio, que las cosas pasen yéndose como en un sueño. Recordad que las últimas palabras de Hamlet fueron: "el reposo es silencio". La enfermería del Hospital General no reposa; no calla. Este I Certamen es buena prueba de ello; no hay silencio.

Muchas gracias.

Carpe diem.

Paz y Bien.

II CERTAMEN "PREMIOS INVESTIGACIÓN EN ENFERMERÍA"

Singular es la palabra que mejor expresa las circunstancias de este acto; es singular lo que, por una u otra razón, ha quedado solo de los que en un día coincidieron. A la vez, el acto es, ya, clásico; clásico -dice Italo Calvino- es aquello que recuerdas, que no te coge de sorpresa. Clásico es lo que constituye una riqueza para los que están próximos; clásico es también lo que comienza a ejercer una influencia particular porque se impone por inolvidable; porque nunca termina de decir lo que tiene que decir. Clásico es lo que deja huella, lo que suscita un polvillo de reticencia crítica. Este acto es singular, singular y clásico, porque no puede dejarnos indiferentes.

Dijimos ayer que la convocatoria del I Certamen de Investigación en Enfermería, suponía un hito; un revulsivo; una llamada a lo posible. Que representaba un propósito activo; la excelencia frente a lo genérico cosificador. Por eso, ayer, dábamos las gracias. Y hoy, nos felicitamos.

El viajero que visita en León la iglesia del convento de San Marcos se admira al descubrir en el coro alto una inscripción en la que se lee *Omnia nova placet*. Inmediatamente recuerda, que en otro lugar del mismo coro se perpetúa la noticia de que la obra fue terminada por Guillermo Donzel en 1542. Al poner en relación ambos datos, uno se siente llevado, con facilidad, a interpretar aquella leyenda como clara divisa de un personaje renacentista; esto es, como manifestación del espíritu innovador, libre e insaciable, del renacimiento.

Años antes, la primera *Partida* de Alfonso X afirma que los *omes naturalmente codician oír e saber e ver cosas nuevas*, porque las costumbres viciadas *hanlas usado los omes tan luengo tiempo que son como envejecidas*. Prudencio añade que la novedad no es solo objeto de un gusto erudito, sino que al enseñar cosas diferentes enriquece el caudal humano y va instruyendo y puliendo a los hombres. Aferrarse a la novedad, al afán de saber y de hacer, y gozar de la variedad: *un nuevo afán despierta que traerá consigo todo el desarrollo de la cultura occidental*, diría Guillermo de Tilbury a comienzos del siglo XIII. Ya al alcance de nuestra mano, Martin Luther King repetiría - recordáis- *aférrate, aférrate a tus sueños*.

Se establece una radicalidad en cuanto la apetencia por ser mejores; cómo cambiar los datos de la realidad de que se parte, en la que estamos inmersos, que nos inmoviliza. Max Scheler ha dicho que el hombre es un asceta de la realidad, porque es capaz de decir no a la realidad. *Un cantar nuevo, siempre nuevo*, brota en Juan de la Cruz. Por los mismos tiempos, Alonso de Valdés, secretario del Emperador, llamará a esa pretensión reformadora que se mueve a contrapelo de como las cosas van, *hacer un mundo nuevo; a pospelo del mundo*, lo describía, esta vez, el predicador del Emperador, fray Dionisio Vázquez. Sin duda, la obra nueva reclama el orgullo del autor por lo que ha alcanzado con esfuerzo propio; la novedad se ha conseguido por uno mismo.

De algo parecido se precia Ausias March, y de igual originalidad presume Maquiavelo en el prólogo de sus *Discorsi*. Esta actitud define el espíritu del Renacimiento. Es probable que hasta entonces no se hubiese dado una situación histórica en la que el hombre se viera como heredero de un tiempo anterior, de una cultura precedente. La conciencia histórica madura con lentitud en los siglos medievales, siendo incapaz de vencer en los primeros tiempos esa intemporal conciencia de contemporaneidad. Por ello, en la Edad Media se equiparan los términos antiguo y anciano. *Los ancianos que son muy antiguos*, se dice en la *Primera Crónica General*, y en el *Setenario* se nos habla con magno elogio de un *ome vieio antigo*; y lo mismo se da en la *Crónica* de Jaume I y en la de Muntaner.

Con el paso del tiempo, ojos y manos son los instrumentos de que se vale el hombre de la modernidad para conquistar el saber de las cosas. *Usando la industria de las manos en las cosas de la naturaleza habemos venido a fabricar otra nueva naturaleza*, exalta fray Luis de Granada. La

experiencia no sólo certifica sino que nos descubre la verdad de las cosas. Un testimonio de especial valor es el del médico y naturalista Andrés Laguna: *¿Por qué yo tengo que creer cosa que primero no examine en mi entendimiento? ¿Qué se me da a mí que los otros lo digan si no lleva camino?.* Camino del adelanto de la obra humana, del progreso. *Progresar -dice Ortega- es llegar a ser más, no a tener más.*

Pero ser más, para dar más; porque la formación con ideas inertes no sólo es inútil, sobre todo es dañina. Quizás, alguien pudiera burlarse de una formación que pretenda ser útil - comentaba Alfred Whitehead-; pero si la formación no es útil, ¿qué es? Desde luego que la formación debe ser útil, sea cual fuere nuestra meta en la vida. Le fue útil a Agustín de Hipona y le fue útil a Napoleón. Pero para nosotros, sobre todo es útil, porque la formación en las ciencias de la salud tiene un valor social indudable. La formación es productiva. Así como la revolución industrial originaria hizo "más tonto" el trabajo, más simple y menos complejo, el proceso tecnológico moderno lo hace "más inteligente", y exige profesionales más calificados. El hospital -el sanitel- será, cada vez, más complejo y diversificado; un centro de alta densidad tecnológica y mínimas unidades de hospitalización. El hospital, sin renunciar a su liderazgo innovador -los hospitales deben estar legítimamente orgullosos de su papel protagonista en la investigación y desarrollo sanitarios-, deberá renunciar al hospitalocentrismo caduco. Es cierto que la "academia" es reacia a cualquier tipo de cambio; pero los hospitales academicistas deben comprender que tienen que cambiar.

Ante este panorama, ¿para que, por qué, investigar? Porque el cambio impuesto por las fuerzas del mercado requiere liderazgo; todo cambio lo exige. El máximo exponente del trabajo liderado en equipo es la investigación. Los programas de investigación son la mejor garantía de una formación continuada, recurrente o como queramos llamarla. Investigación, en nuestro caso, a pié de cama; no solo es investigación los oncogenes, la robótica o los quásares. La investigación reclama la desregulación, la libertad de pensar, la oportunidad de equivocarse; en resumen, investigar es asumir responsabilidad. Investigar es creatividad comprometida; se opone a la rutina. Vale la pena destacarlo cuando se intenta dicotomizar; el máximo exponente lo representan las dos culturas -el famoso libro de Snow-; recientemente apareció una tercera vía -el todavía no tan famoso libro de Brockman-. Todo ello es un mito. Todo ello se reduce a que nuestro mundo, el Mundo de Leonardo -aquel genial artista del Renacimiento que convertía todo, con sus manos, en un artefacto- se expresa con una faceta tecnológica y otra cultural; pero no hay tal mito. Lo que existe, lo que no es un mito, es la incomunicación.

Federico II quiso comprobar qué lengua e idioma tendrían los niños al llegar a la adolescencia si no habían podido hablar, jamás, con alguien. Y para ello prohibió a las nodrizas y ayas de hablarles. Quería, en realidad, saber si hablarían lengua hebrea, que fue la primera, o bien la griega, o la latina, o la lengua árabe; o si acabarían hablando la lengua de sus propios padres. Pero se afanó en vano, porque los infantes morían todos. En el siglo XVII se aspiraba a una reforma universal del saber, de las costumbres. Ahora somos postmodernos, posthistóricos. No nos morimos pero hablamos poco. No hay conversación y, menos aún, diálogo. Como describe Delibes, nos miramos difidentes; con esa suerte de atónita resignación con que el labrador de la Meseta mira al cielo y observa los acontecimientos ajenos a su voluntad. Mandan las circunstancias. Tal vez nos pase como a Flaubert, que estaba por la ciencia en la precisa manera en que es escéptica, metódica, prudente, humana. Le horrorizaban los dogmáticos. Un escepticismo activo, un obtenerse en establecer relaciones entre los diferentes niveles. El conocimiento como multiplicidad que une las obras mayores.

En actos como el de ayer, como el de hoy, a puerta abierta, busca el Hospital el asentamiento público a las galardonadas y a los premios que otorga; e indefectiblemente, los ve aplaudidos,

procediendo, como procede, con justicia y con acierto. Ello, con el empeño de la indispensable continuidad futura; continuidad que aleje todo atisbo de esterilidad en el esfuerzo presente. Y ello también, con la necesidad de una opinión generalizada, suficientemente comprensiva, para los temas científicos y técnicos. No es un lujo ni una aspiración utópica; es, sencillamente, avanzar o pararse.

La formación científica cada vez pone más al descubierto que todas las producciones de la actividad humana deben ser antes preparadas por la cabeza que por las manos. Según este orden -se lee en el discurso pronunciado en la solemne primera adjudicación del Premio Echeagaray en 1907-, según este orden, el engrandecimiento de una comunidad requiere, en primer término, el desarrollo de su vida intelectual, y cuantos anhelan el de nuestracomunidad, el de nuestro hospital, deben aclamar con estruendoso aplauso a las personas a las que hoy rendimos homenaje en la concesión de los premios convocados.

Muchas gracias.

Carpe diem.

Paz y Bien.

III CERTAMEN "PREMIOS INVESTIGACIÓN EN ENFERMERÍA"

Uno que había empezado a investigar geometría con Euclides pregunto al descubrir el primer teorema: "¿qué ganaré estudiando estas cosas?"; Euclides llamó a su esclavo y dijo: "dále tres monedas, puesto que debe sacar algún beneficio de lo que aprende".

Tres monedas. Tres "Certámenes de Premios de Investigación en Enfermería" se han celebrado y, cómo las monedas, deberían constar sin la menor duda en el haber del Hospital.. Pero el tres es un número primo. Euclides ya los conocía, sobre todo, el tres. Los números primos siguen siendo una fuente eterna de interés para los matemáticos. Los números primos son infinitos; también lo sabía Euclides. Aparecen esparcidos a lo largo de la escala ordenada de los números, con una irregularidad que, al mismo tiempo, molesta y cautiva a los matemáticos.

El nombre del tercer signo, Chun, representa una brizna de hierba que, al brotar de la tierra, se topa con un obstáculo; es la dificultad inicial. Es el primer encuentro y se ve afectado por dificultades. Compuesto de dos trigramas, el de abajo, Chen, es lo que suscita y tiene por imagen al trueno. El trigramas de arriba, K'an, es lo abismal, el peligro, y tiene por imagen la lluvia. La tensión de las fuerzas se descarga en tormenta y todas las cosas respiran con alivio.

La dificultad inicial obra elevado éxito. / propicio en virtud de la perseverancia. / Mas, no debe emprenderse nada. Dice el *I Ching*, el *Libro de las Mutaciones*.

Pero debemos aspirar a ser más precisos. La tercera propuesta de Italo Calvino para el próximo milenio es la exactitud. Para los antiguos egipcios el símbolo de la precisión era una pluma que servía de pesa en el platillo de la balanza donde se pesaban las almas. Aquella pluma ligera se llamaba Maat, diosa de la balanza. El jeroglífico de Maat indicaba también la unidad de longitud, los 33, dos trespes, los 33 centímetros del ladrillo unitario, y también el tono fundamental de la flauta. Maat, diosa de la balanza; Libra, mi signo zodiacal.

¿Por qué defender valores que a muchos parecerán obvios? El primer impulso obedece a una impresión de que el lenguaje se usa, cada vez más, de manera aproximativa, casual, incluso negligente. Por eso trato de hablar lo menos posible, y si prefiero escribir es porque escribiendo puedo corregir cada frase tantas veces como sea necesario. Pero no solo el lenguaje está afectado por la imprecisión; también lo está la imagen; y vivimos bajo una lluvia ininterrumpida de imágenes. Pero la inconsistencia no está solamente en las imágenes o en el lenguaje, etc., etc., etc. Vivimos en el cuento.

Un cuento como el que relataba Dario Fo en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura del pasado año. Fo, un bufón, eligió como título para su actuación en tal solemne ocasión el de "*Contra Jogulatores Obloquentes*". Es el título de una ley promulgada en Sicilia en 1221 por Federico II de Suabia. La ley permitía a todos los ciudadanos insultar y golpear a los bufones; dado que la ley ya no está en vigor prosigo sin peligro. El cuentecito recordado por Fo se titula *La Roca de Caldé*.

Hace muchos años, allá arriba, en la cumbre de un escarpado acantilado que se eleva sobre el lago, había una ciudad llamada Caldé. Resultó que esa ciudad se encontraba sobre un espigón de la roca que, día tras día, se deslizaba hacia el precipicio. Era una ciudad espléndida, con su campanario, una torre fortificada en el punto más alto y un racimo de casas, una junto a otra. Es una ciudad que una vez estuvo allí y que ahora no está. Desapareció en el siglo XV. "Eeh", gritaban a sus habitantes los campesinos y pescadores que vivían en el valle. "Os estáis resbalando; os váis a caer". Pero nadie escuchaba. La ciudad desapareció. ... Hoy, si miras al agua desde ese saliente podrás ver, por increíble que parezca, la ciudad sumergida con sus calles intactas, incluso a sus habitantes caminando de un lado a otro y repitiéndose a borbotones: "No ha pasado nada". Aunque

sea inquietante - concluyó Dario Fo- no se puede negar que una historia como esta aún tiene algo que decirnos.

Los dioses no han revelado todas las cosas desde el principio. Pero el hombre busca y con el tiempo encuentra. Supongamos - decía Jenófanes - que esas cosas son como si fueran verdades. Porque, seguramente -continuaba Jenófanes -, ningún hombre conoce ni conocerá jamás la verdad sobre los dioses.

Muchas gracias.

Carpe diem.

Paz y Bien.

IV CERTAMEN "PREMIOS INVESTIGACIÓN EN ENFERMERÍA"

Singular es la palabra que mejor expresa las circunstancias de este acto; es singular lo que, por una u otra razón, ha quedado solo de los que en un día coincidieron. A la vez, el acto es, ya, clásico. Clásico -dice Italo Calvino- es aquello que recuerdas, que no te coge de sorpresa. Clásico es lo que constituye una riqueza para los que están próximos; clásico es también lo que comienza a ejercer una influencia particular porque se impone por inolvidable. Clásico es lo que deja huella, lo que suscita un polvillo de reticencia crítica. Este acto es singular, singular y clásico, porque no puede dejarnos indiferentes.

La inquietud investigadora, que es formación científica, cada vez pone más al descubierto que todas las producciones de la actividad humana deben ser antes preparadas por la cabeza que por las manos. Según este orden, el engrandecimiento de una comunidad requiere, en primer término, el desarrollo de su vida intelectual, y cuantos anhelan el de nuestra comunidad, el de nuestro Hospital, deben aclamar con estruendoso aplauso a las personas a las que hoy rendimos homenaje en la concesión de los premios convocados.

Sin embargo, a pesar de la eclosión científica en curso, la actitud científica sigue siendo la gran ignorada de la cultura. Es sorprendente el desconocimiento que tienen de la ciencia tanto las personas cultas normales como los que se consideran intelectuales o pensadores de oficio. Hay, sin embargo, poderosas razones que justifican dicho desconocimiento. La principal, que para muchos pensar se reduce a contar lo que ocurre. No lo cuestionan, evitan el riesgo; se sienten cómodos en la mediocridad. Todo lo contrario a esfuerzo y ánimo.

Cervantes remachó, en el *Coloquio de los perros*, que Dios no le espulga el linaje a nadie; cada uno es hijo de sus obras. "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura -dice D. Quijote- pero el esfuerzo y el ánimo es imposible". Esfuerzo y ánimo llevan definiendo la enfermería del Hospital General, explícitamente, desde 1589. En el primer Reglamento del Hospital leemos: "... para las mujeres enfermas y para las demás que en la casa se han de recoger, habrá una enfermera mayor de buena edad; la cual será honesta, virtuosa, diligente y suficiente para este ministerio". Pero no muda, añadido yo.

Por su parte, el Hospital General también fue precoz en la instauración de Premios. La Junta hospitalaria celebrada el día 26 de octubre de 1806, se refería a los por ella instaurados, como "el único medio de estimular a los jóvenes al logro de sus mayores adelantamientos, y de acreditar el celo con que la Junta los promueve y fomenta en beneficio de la pública salud".

En actos como el de hoy, a puerta abierta, busca el Hospital el asentamiento público a las galardonadas y a los premios que otorga; e indefectiblemente, los ve aplaudidos, procediendo, como procede, con justicia y con acierto. Ello, con el empeño de la indispensable continuidad futura; continuidad que aleje todo atisbo de esterilidad en el esfuerzo presente. Y ello también, con la necesidad de una opinión generalizada, suficientemente comprensiva, para los temas científicos y técnicos; opinión, capaz de prestarles calor moral y apoyo efectivo. No es un lujo, no es una aspiración utópica; es, sencillamente, soñar y avanzar, o callar y pararse. Martín Luther King proclamaba "aférrate, aférrate a tus sueños". La voluntad de valor; la búsqueda de la excelencia frente a lo genérico cosificador.

Aunque no sea por otra causa - comentaba Ricardo Hooker, allá por el siglo XVI -, aunque no sea por otra causa, por esta: que se sepa que no hemos permitido, por silencio, detenernos. Recordad que las últimas palabras de Hamlet fueron: "el reposo es silencio". Al menos, la enfermería del Hospital General no reposa; no calla. Este Certamen es buena prueba de ello.

Muchas gracias. *Carpe diem*. Paz y Bien.